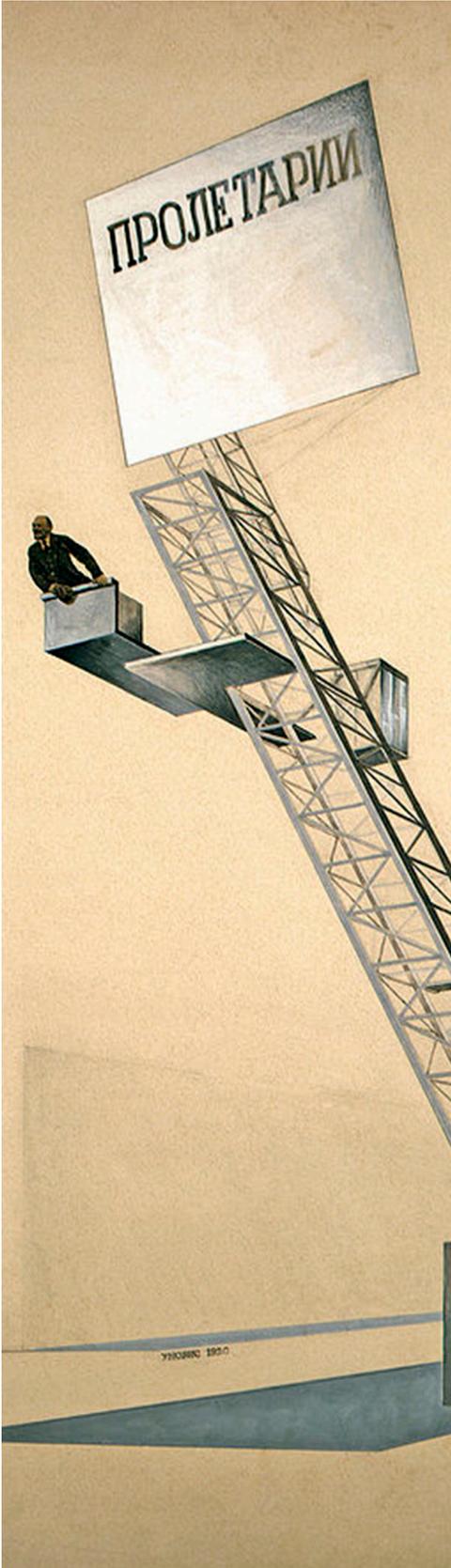


GUÍA DE LECTURA

¿Qué
hacer?

V.I. Lenin



I. INTRODUCCIÓN

II. SOBRE EL CAPÍTULO 1º, DOGMATISMO Y «LIBERTAD DE CRÍTICA»

III. SOBRE EL CAPÍTULO 2º, LA ESPONTANEIDAD DE LAS MASAS Y LA CONCIENCIA DE LA SOCIALDEMOCRACIA

IV. SOBRE EL CAPÍTULO 3º, POLÍTICA TRADEUNIONISTA Y POLÍTICA SOCIALDEMÓCRATA

V. SOBRE EL CAPÍTULO 4º, EL PRIMITIVISMO EN EL TRABAJO DE LOS ECONOMICISTAS Y LA ORGANIZACIÓN DE LOS REVOLUCIONARIOS

VI. SOBRE LOS CAPÍTULOS 5º Y 6º, «PLAN» DE UN PERIÓDICO POLÍTICO CENTRAL PARA TODA RUSIA Y CONCLUSIONES

Introducción

El *¿Qué hacer?* de Lenin es una de las obras más importantes para conocer y comprender no sólo los principios organizativos e ideológicos que adoptamos desde el comunismo científico, sino también el contexto histórico y los debates específicos que dieron lugar a las posiciones leninistas en la materia. Estas se formularon a partir de dos focos yuxtapuestos: la oposición a las diversas formas de «oportunismo» que se daban dentro del movimiento revolucionario ruso de la época y el análisis de las necesidades y posibilidades organizativo-ideológicas del movimiento revolucionario.

El momento que atravesaba el movimiento revolucionario ruso era de atraso político-ideológico de los dirigentes revolucionarios con respecto al fuerte desarrollo del movimiento espontáneo de las masas, que estaba en claro ascenso desde hacía unos años. No obstante, tanto las tendencias oportunistas que aborda el libro, como el análisis de las necesidades para la revolución y la organización revolucionaria, están lejos de ser exclusivas de su momento histórico. Son, en cambio, tendencias aún vivas en nuestra época, pese a las particularidades actuales; y los argumentos contra ellas, como las tesis leninistas en materia ideológica y organizativa, siguen teniendo vigencia. La categoría «oportunismo» se refiere a todas esas corrientes ideológicas que, sin cuestionar de palabra el programa revolucionario, en la práctica lo debilitan excusándose en necesidades u oportunidades cortoplacistas, de tipo táctico. Es muy

sensible a las modas políticas dentro de la sociedad burguesa, participando en sus debates sin cuestionar sus dicotomías y falsos dilemas. Bajo la consigna de estar «en el mundo real», en las cosas que «interesan a la clase», desplaza el programa comunista a un segundo plano y/o lo condiciona a otras cuestiones parciales, a menudo presentadas con muchas trampas ideológicas; y, además, relega el programa revolucionario hacia un futuro lejano e incierto, momento que termina por no llegar nunca, mientras se ocupan sólo de lo inmediato y del día a día dentro del capitalismo.

Publicado en el año 1902, el *¿Qué hacer?* debe entenderse como la antesala del II Congreso del *Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia* (1903), donde se dirimieron definitivamente las diferencias en materia ideológica, estratégico-táctica y organizativa. El resultado de aquel congreso fue, tras la elección del Comité Central y el Comité de Redacción del periódico *Iskra*, la división entre «mencheviques» y «bolcheviques», con Lenin a la cabeza de estos últimos. Sendos términos se traducen como «minoritarios» y «mayoritarios», respectivamente. Fue, en definitiva, la victoria de las posiciones leninistas. Lenin¹ hablaba así de la significación de su propia obra:

«El folleto siguiente, ¿Qué hacer?, apareció en el extranjero a comienzos de 1902. Está consagrado a la crítica del ala derecha, no ya en las corrientes literarias, sino en la organización socialdemócrata. En 1898 se celebró el I Congreso de los socialdemócratas y se fundó el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. La organización del partido en el exilio pasó a ser la "Unión

¹ Lenin, V.I. (1908). *En 12 años*. Prólogo a la recopilación.

de socialdemócratas rusos en el extranjero" que comprendía también el grupo "Emancipación del Trabajo". Pero los organismos centrales del partido fueron destrozados por la policía y no pudieron ser restablecidos. De hecho, no existía unidad del partido: esta unidad no era más que una idea, una directiva. El apasionamiento por el movimiento huelguístico y por la lucha económica engendró entonces una forma especial de oportunismo socialdemócrata, el llamado "economicismo". (...) El folleto ¿Qué hacer? expone de un modo sistemático las causas de la divergencia y el carácter de la táctica y de la actividad orgánica iskrista.

(...)

¿Qué hacer? es el compendio de la táctica iskrista y de la política iskrista en materia de organización durante los años 1901 y 1902. Un "compendio", ni más ni menos. Quien se tome el trabajo de ver la Iskra de 1901 y 1902, indudablemente se convencerá de ello. Y quien juzgue este compendio sin conocer la lucha de Iskra contra el economicismo, a la sazón predominante, y sin comprender esta lucha, no hará sino lanzar palabras al viento. Iskra luchó por la creación de una organización de revolucionarios profesionales; luchó con particular energía en 1901 y 1902; dio al traste con el economicismo, entonces predominante; creó definitivamente esta organización en 1903; la mantuvo a pesar de la escisión posterior de los iskristas, a pesar de las grandes convulsiones de la época de tormenta y embate; la mantuvo durante toda la revolución rusa; la defendió y la mantuvo desde 1901-1902 hasta 1907».

El objetivo de esta guía de lectura es doble. Por un lado, se propone contextualizar en lo histórico y lo teórico algunos

debates, tesis y uso de categorías. Por otro lado, busca recoger las aportaciones fundamentales de la obra, sustrayéndolas de su particularidad para poder entenderlas en lo universal y con relación a nuestro momento actual. Muchos de los razonamientos de Lenin tienen importancia para nuestra formación teórica mucho más allá de aquel momento que atravesaba el partido socialdemócrata en Rusia. Con ello, este documento pretende servir tanto de base previa para la lectura del *¿Qué hacer?* como de síntesis y refuerzo de su contenido. Pero nunca como sustituto del estudio completo de la obra.

A la hora de exponer el contenido del libro, respetaremos la estructura de sus capítulos, exponiendo los diferentes temas según Lenin los desarrolla y volviendo sobre ellos cuando la obra lo va haciendo. Pero podemos hacer una primera síntesis de toda la riqueza teórica encerrada en el texto: es la crítica abierta al ala derecha de los revolucionarios, centrando el tiro contra el «reformismo» y contra el espontaneísmo/economicismo. Aunque, a la par, Lenin resalta la enorme importancia de la lucha económica y sindical frente a los izquierdistas, por mucho que no sea ni la única ni la más importante forma de lucha. El libro es, también, una reivindicación de la lucha teórica y de la homogeneidad ideológica y organizativa que requiere el partido del proletariado. La obra trata al periódico como el esqueleto de la organización, así como organizador colectivo; también aborda la necesidad de elevar la conciencia del proletariado desde las reivindicaciones económicas hasta la lucha revolucionaria, la necesidad de un partido centralizado y que planifique su actividad siguiendo una estrategia y una táctica o la diferencia entre agitación y

propaganda, así como la importancia de cada una de ellas. En el momento de redacción de la obra, Rusia se encontraba en un auge extremo del movimiento obrero espontáneo, donde no solo se planteaban los debates anteriores, sino que también se ponía en duda la necesidad misma de un partido, o el carácter de dicho partido (de masas vs. de vanguardia).

Debemos hacer también dos anotaciones sobre términos. En primer lugar, señalar qué uso se hace del término «socialdemócrata». En nuestros días, la socialdemocracia se asocia con las tesis de tipo reformista-etapista², o con una supuesta «gestión humana» del capitalismo. Pero la fijación definitiva de ese significado no se produjo hasta la ruptura del movimiento socialista en la II Internacional, a raíz de la traición de muchos partidos socialdemócratas, que apoyaron los esfuerzos de guerra de sus burguesías — durante la «Gran guerra» o «Primera Guerra Mundial»— en un ejercicio nacionalista absolutamente incompatible con el marxismo. Desde ese momento, los revolucionarios marxistas adoptaron la denominación de «comunistas» y la «socialdemocracia» quedó con el significado contemporáneo, asociado al reformismo. Teniendo esto en cuenta, cuando Lenin habla de socialdemócratas en el *¿Qué hacer?*, se refiere aún a los socialistas en general. En segundo lugar, señalar que las traducciones soviéticas al castellano solían emplear el término «economismo», en lugar del que usamos hoy en día: «economicismo». Este último es el más apropiado, porque expresa de por sí un *vicio*, un *error*, mientras que el primero puede malinterpretarse como una

² En términos muy generales, las posiciones *etapistas* postulan que existen pasos, «etapas» intermedias entre el capitalismo y el socialismo-comunismo. Por ejemplo, la idea de una república burguesa democrática como paso previo, y trampolín, a la revolución socialista.

referencia a los economistas en tanto a la disciplina de estudio, sentido que nada tiene que ver con lo que queremos expresar. Hacemos esta nota para que, a la hora de trabajar con la multiplicidad de ediciones que existen de las obras del marxismo, no choque encontrar el término «economismo», o no de lugar a confusión.

Por último, decir que todas las citas que aquí aparecen se corresponden con la edición del *¿Qué hacer?* digitalizada por los CJC, disponible en nuestro apartado Trifón Medrano de su página web: <https://formacion.juventudcomunista.es/>

Sobre el
capítulo

1º,

Dogmatismo y
«libertad de crítica»

En este capítulo, Lenin aborda una consigna que estaba muy viva en el seno de la socialdemocracia internacional: la de la «libertad de crítica». Lejos de ser una discusión formal sobre los mecanismos internos de los partidos proletarios, o de referirse superficialmente a nuestra actitud hacia las tesis consagradas del marxismo, escondía un trasfondo teórico de gran importancia. En resumen, pese a las apariencias, la defensa de la «libertad de crítica» significaba reivindicar el eclecticismo teórico³ dentro del movimiento obrero, la libertad para criticar sin ser criticado y para poder mantener y difundir posiciones sin compromiso ideológico alguno con el movimiento.

Lenin, en los primeros párrafos, ya se burla de aquella «"nueva" tendencia» en el seno de la socialdemocracia del momento, que —dice, parafraseando al revisionista

³ Aquí, eclecticismo debe entenderse como una amalgama de ideas y teorizaciones que no son realmente compatibles entre sí o que, reunidas de diversas fuentes, no son reformuladas a través de una base común que dote de coherencia interna y operatividad al corpus teórico resultante.

Bernstein⁴— asume «(...) una actitud "crítica" frente al marxismo "viejo, dogmático"». Las posiciones de esta tendencia revisionista consisten, según resume Lenin, en lo siguiente (página 7 de nuestra edición):

«La socialdemocracia debe dejar de ser el partido de la revolución social para transformarse en un partido democrático de reformas sociales. Bernstein ha apoyado esta reclamación política con toda una batería de "nuevos" argumentos y razonamientos concertados con bastante armonía. Se ha negado la posibilidad de basar el socialismo en argumentos científicos y demostrar que es necesario e inevitable desde el punto de vista de concepción materialista de la historia; se ha refutado la miseria creciente, la proletarización y la exacerbación de las contradicciones capitalistas; se ha declarado carente de fundamento el concepto mismo de "objetivo final" rechazado de plano la idea de la dictadura del proletariado; se ha denegado que haya oposición de principios entre el liberalismo y el socialismo; se ha rebatido la teoría de la lucha de clases, afirmando que es inaplicable a una sociedad estrictamente democrática, gobernada conforme la voluntad de la mayoría, etc.».

Estas tesis, lejos de ser una curiosidad del pasado, están completamente vivas en el mundo actual. No sólo como arma arrojada de la burguesía contra quienes promovemos posiciones revolucionarias en el seno de la clase obrera, sino que también son expresadas desde organizaciones políticas que se autodenominan obreras, socialistas o, incluso, comunistas. Pese a la experiencia histórica del proletariado,

⁴ Eduard Bernstein (1850-1932) fue un importante dirigente del SPD alemán, uno de los teóricos principales del revisionismo del marxismo y uno de los fundadores históricos de la socialdemocracia.

con sus victorias y derrotas, el debate de reforma o revolución sigue igual de vigente.

En los tiempos en los que Bernstein y sus homólogos promovieron esas tesis, se estaban dando en los países más «avanzados» la extensión masiva del sufragio universal y la consolidación de los regímenes democrático-parlamentarios como paradigma hegemónico de la superestructura capitalista. También se daba ya la forma incipiente de lo que tiempo después se concretaría en los «estados del bienestar»⁵. Ante aquel contexto, podría entenderse una cierta ceguera histórica respecto de la naturaleza explotadora de la sociedad capitalista y el carácter antagónico de las clases sociales; podía parecer, ingenuamente, que el capitalismo avanzaba hacia una sociedad justa y libre de todas las cargas que denunciaba el marxismo. Pero dicha ceguera no podía excusarse: el análisis científico del modo de producción capitalista realizado

⁵ Es importante señalar que el desarrollo de los Estados del Bienestar fue posible en el contexto de las superganancias imperialistas, que dieron margen económico a las burguesías de los países más desarrollados para poder levantar todo un aparato público y de coberturas sociales en dichos países. Con lo anterior, juega un papel fundamental la categoría de «aristocracia obrera», definida, precisamente, como aquel sector del proletariado que disfruta de condiciones privilegiadas y ventajosas frente al resto de su clase gracias a esa plusvalía extraída por el imperialismo. Esta realidad social es el suelo donde las ideas reformistas, el marxismo legal del que hablaba Lenin o el marxismo academicista encontraron su sustrato, pues esta aristocracia bien creía de *buena fe* la posibilidad del carácter social del capitalismo, o bien se alineaban con sus burguesías por mantener unas condiciones de vida que veían potencialmente amenazadas por la revolución. Lejos de ser un fenómeno del pasado, esta aristocracia y su papel siguen muy vivos en nuestra época.

Con lo anterior, estos Estados del Bienestar, lejos de ser una muestra del posible carácter social del capitalismo, fueron solo viables gracias a las lógicas explotadoras del capitalismo en su fase imperialista, mediante la sustracción de riqueza de unas naciones capitalistas a otras. Su implantación no fue un acto de buena fe hacia las masas trabajadoras por parte de los capitalistas de los países más desarrollados, sino resultado de la correlación de fuerzas tanto internacional como nacional: de una parte, promovidos desde arriba para hacer frente tanto al ejemplo que suponía la revolución soviética como a la presión del movimiento revolucionario de cada país; de otra parte, una conquista arrancada desde abajo a las burguesías mediante la legítima lucha del movimiento obrero; y, por último, consecuencia de las aspiraciones reformistas, «redistributivas», promovidas por la aristocracia obrera.

desde el marxismo ya anunciaba, pese a las tramposas apariencias, la imposibilidad tanto de la paz, colaboración y comunión de intereses entre clases, como de seguir la vía legalista-reformista para construir una nueva sociedad (dado el carácter de clase del Estado y de las demás instituciones políticas burguesas). Hoy confirmamos con todavía mayores certezas que, efectivamente, los revisionistas se equivocaban sobre el carácter de la democracia burguesa, tal y como denunciaba Lenin: el capitalismo no estaba transitando hacia una sociedad justa ni sus vías democráticas permitían, mediante reformas, construir una sociedad diferente. En nuestros días, cuando dicha cuestión se ha demostrado una y otra vez por la vía de los hechos, defender las mismas tesis que Bernstein y otros proponían no puede argumentarse desde la honestidad teórica o científica, sino, o bien desde posiciones que se sitúan abiertamente a favor de la explotación capitalista, aunque quieran maquillarse, o bien desde la asunción del mal menor y la creencia de que no hay sistema alternativo mejor que el capitalismo.

Siguiendo con la exposición de Lenin, nos dice que el viraje hacia posiciones reformistas no tiene otro trasfondo que la vieja crítica burguesa al marxismo; que sus ataques no han necesitado desarrollarse desde cero, sino que son un mero trasplante desde las academias, medios y política burguesa en general a los partidos socialistas. Como ejemplo práctico de las consecuencias de este viraje revisionista, menciona a Millerand⁶, un socialista francés (página 8 de nuestra edición):

⁶ Alexandre Millerand (1859 - 1943) fue primer ministro de Francia durante un breve período y también su presidente, de 1920 a 1924, por el PSF (Parti

«En lugar de teorizar, los socialistas franceses han puesto manos a la obra; las condiciones políticas de Francia, más desarrolladas en el aspecto democrático, les han permitido pasar sin demora al "bersteinianismo práctico" con todas sus consecuencias. Millerand ha dado un brillante ejemplo de este bersteinianismo práctico: ¡por algo Bernstein y Vollmar⁷ se han apresurado a defender y ensalzar con tanto celo a Millerand! En efecto, si la socialdemocracia es, en esencia, ni más ni menos que un partido de reformas y debe tener el valor de reconocerlo con franqueza, un socialista no sólo tiene derecho a entrar en un ministerio burgués, sino que incluso debe siempre aspirar a ello. Si la democracia implica, en el fondo, la supresión de la dominación de las clases, ¿por qué un ministro socialista no ha de cautivar a todo el mundo burgués con discursos acerca de la colaboración de las clases? ¿Por qué no ha de seguir en el ministerio, aun después de que los asesinatos de obreros por gendarmes hayan puesto de manifiesto por centésima y milésima vez el verdadero carácter de la colaboración democrática de las clases?».

En definitiva, Lenin concluye que la «nueva tendencia crítica» no es sino una nueva variedad de oportunismo (página 9 de nuestra edición):

«Y si no juzgamos a los hombres por el brillo del uniforme que se han puesto ellos mismos, ni por el pomposo sobrenombre que a sí mismos se dan, sino por

Socialiste de France).

⁷ Georg von Vollmar (1850 - 1922) fue un militante bávaro del SPD alemán. Se identificaba con la sección más oportunista y moderada del partido, rechazando expresamente la doctrina de la revolución violenta. Defendía la cooperación social para el progresivo desarrollo del Estado socialista, proponiendo incluso la alianza con los reformistas socialistas burgueses. Sus posturas fueron duramente criticadas por Karl Kautsky, antes de que este renegase del marxismo.

sus actos y por las ideas que propagan en realidad, veremos claramente que la "libertad de crítica" es la libertad de la tendencia oportunista en el seno de la socialdemocracia», (...)».

Es decir, esa supuesta libertad es la de hacer del partido revolucionario un:

«(...) partido demócrata de reformas, (...) introducir en el socialismo ideas burguesas y elementos burgueses. La libertad es una gran palabra; pero bajo la bandera de la libertad de industria se han hecho las guerras más rapaces, y bajo la bandera de la libertad de trabajo se ha expoliado a los trabajadores (...)».

La crítica a la democracia burguesa, señalándola como paradigma contemporáneo del modo de producción capitalista, se encuentra en diversas obras del marxismo. Por parte de Lenin, destacan dos obras para profundizar un poco en la cuestión: *El Estado y la revolución*, que recoge nuestra concepción general del Estado como herramienta de dominación de clase, y *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, que se centra más en la cuestión de la democracia burguesa, las reformas y el sufragio.

En el caso de Rusia, el principal representante de esta tendencia oportunista fue el periódico *Rabócheie Dielo*, que se traduce como *La causa obrera*. Era el órgano de la *Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero* y se publicó desde 1899 hasta 1902, siendo el epicentro en el extranjero de lo que Lenin llamó los «economicistas». Apoyaba las consignas bernsteinianas, promovía posiciones oportunistas en la táctica y las tareas de organización de la socialdemocracia rusa, difundía la subordinación de la lucha

política del proletariado a la lucha económica y se plegaba ante la espontaneidad del movimiento obrero, negando el papel dirigente del partido. En lo sucesivo, iremos abordando estas cuestiones según sean mencionadas a lo largo del libro.

Dejando a un lado las particularidades históricas del desarrollo del marxismo en Rusia, que Lenin expone cuando habla de los «marxistas legales», la alianza de la socialdemocracia con ellos y la consiguiente distorsión liberal del marxismo, nos interesa centrarnos ahora en la tendencia oportunista que se impuso entre la socialdemocracia práctica, como reacción a los teóricos y académicos de ese marxismo legal: el «economicismo». Esta tendencia sigue resonando en nuestros días.

Los «economicistas» venían a defender, en términos generales, que la socialdemocracia debía limitarse a la lucha «tradeunionista»⁸, es decir, a la mera lucha sindical por conseguir mejoras económicas y, como mucho, pequeñas reformas políticas de la legislación laboral y fabril. Esto es, proponían plegar la actividad del partido al movimiento obrero, yendo a la zaga de su espontaneidad. Esta postura iba acompañada del rechazo a la publicidad de los principios economicistas y la aversión a cualquier disputa y debate de corte teórico. Esto último es especialmente relevante y, además, contrastaba irónicamente con la defensa de la «libertad de crítica». En palabras de Lenin (página 19 de nuestra edición):

⁸ Trade Union es la denominación de los sindicatos obreros en inglés. Su traducción literal es «unión de comercio». «Tradeunionism», o, castellanizado, «tradeunionismo», puede tomarse como equivalente de «movimiento sindical».

*«Este miedo que tienen a la crítica los adeptos de la libertad de crítica no puede explicarse sólo por astucia (si bien algunas veces las cosas no ocurren, indudablemente, sin astucia; ino es prudente dejar al descubierto ante el embate del enemigo los brotes, débiles aún, de la nueva tendencia.). No, la mayoría de los "economistas" desapruaba con absoluta sinceridad (y, por la propia esencia del "economicismo", tiene que desapruabar) toda clase de controversias teóricas, disensiones fraccionales, grandes problemas políticos, proyectos de organizar a revolucionarios, etc. "¡Sería mejor dejar todo eso a la gente del extranjero!", me dijo en cierta ocasión un "economista", bastante consecuente, expresando con ello la siguiente idea, muy difundida (y también puramente tradeunionista): lo que a nosotros nos incumbe es el movimiento obrero, las organizaciones obreras que tenemos aquí, en nuestra localidad, y el resto no son más que invenciones de los doctrinarios, "sobrestimación de la ideología", como decían los autores de la carta publicada en el número 12 de *Iskra*, haciendo coro al número 10 de *R. Dielo*».*

El principal representante «honrado» de la tendencia «economista» fue el periódico socialdemócrata *Rabóchaya Mysl*. Traducido como «El pensamiento obrero», fue publicado de 1897 a 1902. Por su parte, los principios generales del economicismo fueron conocidos en Rusia a través del programa del *Credo*, mote bajo el cual se lanzó en 1899, sin el consentimiento de los implicados, un manifiesto con las opiniones de un grupo de «economicistas». Dicho manifiesto expresaba con total claridad las posturas del oportunismo: negaba tanto el papel político e independiente del proletariado como la necesidad de un partido proletario. Por otro lado, *Iskra*, que aparece mencionado en la cita

anterior, fue el periódico fundado, entre otros, por Lenin. Comenzó su tirada en 1900 y, tras la ruptura del POSDR (dando lugar a mencheviques y bolcheviques), pasó a manos de los mencheviques en 1903 y continuó su tirada, dirigido por Plejánov, hasta 1905. Se traduce como «La chispa» y era el periódico de los emigrantes socialistas rusos.

De las tareas que Lenin concluye como necesarias para la socialdemocracia rusa del momento, destacamos como lección universal, junto a la crítica al «economicismo», la importancia de abordar la lucha teórica. Esta, entendida como denuncia y refutación de toda tentativa de subestimar la importancia del programa y la táctica revolucionaria, también conecta con el absoluto rechazo del espontaneísmo. Profundizaremos en el espontaneísmo en los apartados sucesivos, según Lenin lo desarrolle.

El revolucionario ruso denuncia que, tras las consignas de libertad de crítica, de lucha contra el dogmatismo o contra el anquilosamiento teórico, lo que se escondía, en el fondo, era la despreocupación y la impotencia ante la teoría. Lenin describe así el estado de cosas de la socialdemocracia rusa en su momento, de cuya experiencia histórica nosotros podemos extraer lo extremadamente importante que es el trabajo teórico, frente al practicismo sin orden ni concierto y frente al eclecticismo teórico (página 23 de nuestra edición):

«Vemos, pues, que las frases altisonantes contra el anquilosamiento de la idea, etc., encubren la despreocupación y la impotencia en el desarrollo del pensamiento teórico. El ejemplo de los socialdemócratas rusos ilustra con particular evidencia un fenómeno europeo general (señalado también hace

ya mucho por los marxistas alemanes): la famosa libertad de crítica no significa sustituir una teoría con otra, sino liberarse de toda teoría íntegra y meditada, significa eclecticismo y falta de principios. Quien conozca por poco que sea el estado efectivo de nuestro movimiento, verá forzosamente que la vasta difusión del marxismo ha ido acompañada de cierto menosprecio del nivel teórico. Son muchas las personas muy poco preparadas, e incluso sin preparación teórica alguna, que se han adherido al movimiento por significación práctica y sus éxitos prácticos. Este hecho permite juzgar cuán grande es la falta de tacto de R. Dielo al lanzar con aire triunfal la sentencia de Marx "cada paso del movimiento efectivo es más importante que una docena de programas". Repetir estas palabras en una época de dispersión teórica es exactamente lo mismo que gritar al paso de un entierro: "¡Ojalá tengáis siempre uno que llevar!". Además, estas palabras de Marx han sido tomadas de su carta sobre el "Programa de Gotha", en la cual censura duramente el eclecticismo en que se incurrió al formular los principios: si hace falta unirse —escribía Marx a los dirigentes del partido—, pactad acuerdos para alcanzar los objetivos prácticos del movimiento, pero no trafiquéis con los principios, no hagáis "concesiones" teóricas. Tal era el pensamiento de Marx, ipero resulta que entre nosotros hay gente que en nombre de Marx trata de aminorar la de la teoría!

Sin teoría revolucionaria tampoco puede haber movimiento revolucionario. Jamás se insistirá bastante sobre esta idea en unos momentos en que a la prédica de moda del oportunismo se une la afición a las formas más estrechas de la actividad práctica».

Lenin finaliza el capítulo aludiendo a Engels para reforzar su defensa de la lucha teórica, señalando que lejos de haber solo dos formas de lucha (económica y política), como erróneamente se suele entender aún hoy, debemos tener en cuenta tres: económica, política y teórica. Junto a lo anterior, Lenin hace hincapié en un aspecto fundamental de la lucha del proletariado, que también resulta extremadamente importante para nuestros días: esta debe ser internacional, no solo por luchar contra todo chovinismo, sino por recoger la experiencia de los países donde la lucha de clases esté más desarrollada, para aplicar todo ese conocimiento, críticamente, a nuestra realidad. En el mismo sentido, toda nuestra experiencia de lucha debe estar al alcance del resto de la clase obrera del mundo y sus respectivos partidos comunistas, para que puedan servirse de ella para la lucha revolucionaria. Lenin cierra esta parte del libro reproduciendo varios pasajes del prefacio de Engels al folleto *La guerra campesina en Alemania* (1875), donde el teórico alemán hace hincapié en sendos aspectos: la importancia de la teoría y el carácter internacional de la lucha. No repetimos esos fragmentos aquí, pero deben leerse con atención.

Sobre el
capítulo

2º,

La espontaneidad de las masas y la conciencia de la socialdemocracia

En este capítulo, a través del análisis de las acusaciones que *R. Dielo* vierte hacia, entre otros, *Iskra* (periódico en el que Lenin transmitía sus posicionamientos), de «(...) subestimar la importancia del elemento objetivo o espontáneo del desarrollo», Lenin aborda la cuestión del «espontaneísmo» acusando tanto a este periódico como a *R. Mysl* de culto a la espontaneidad. Como podemos ver, y como el propio Lenin dice, la relación entre lo consciente y lo espontáneo entraña un grandísimo interés y debe ser analizada con profundidad y detalle.

Partiendo del contexto de ascenso del movimiento obrero, con las huelgas de finales del siglo XIX en Rusia, Lenin expone que lo espontáneo es el embrión de lo consciente. Pero la forma en que debemos interpretar esta afirmación no es, en ningún caso, que el movimiento obrero espontáneo lleve, por inercia, a desarrollar conciencia revolucionaria. Es cierto que existen diferentes tipos de espontaneísmo que

reflejan diferentes grados de conciencia: de destruir maquinaria como forma de protesta a organizar huelgas y peticiones de mejoras salariales en el marco de una estrategia definida hay un paso de conciencia importante. Ahora bien, las formas de conciencia que la clase obrera puede desarrollar espontáneamente, esto es, sin mediación de la teoría revolucionaria, no sobrepasan los márgenes del régimen socioeconómico vigente. Es decir, la conciencia revolucionaria no se adquiere de forma innata a través de la confrontación económica de los trabajadores contra sus patrones, sino que se introduce desde fuera de esta lucha. Dice Lenin (página 30 de nuestra edición):

«Hemos dicho que los obreros no podían tener conciencia socialdemócrata. Esta sólo podía ser traída desde fuera. La historia de todos los países demuestra que la clase obrera está en condiciones de elaborar exclusivamente con sus propias fuerzas sólo una conciencia tradeunionista, es decir, la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patronos, reclamar al gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para los obreros, etc. En cambio, la doctrina del socialismo ha surgido de teorías filosóficas, históricas y económicas elaboradas por intelectuales, por hombres instruidos de las clases poseedoras. Por su posición social, los propios fundadores del socialismo científico moderno, Marx y Engels, pertenecían a la intelectualidad burguesa. De igual modo, la doctrina teórica de la socialdemocracia ha surgido en Rusia independiente por completo del crecimiento espontáneo del movimiento obrero, ha surgido como resultado natural e ineludible del desarrollo del pensamiento entre los intelectuales revolucionarios socialistas».

La conciencia económico-espontánea, es resultado del desarrollo del antagonismo económico dentro de las coordenadas de posibilidad del capital. En este sentido, y como afirma Lenin en apartados posteriores del libro, constituye la política burguesa de la clase obrera, en tanto que en ella la clase se afirma como parte constituyente de la relación social capitalista y busca mejorar sus derechos corporativos dentro de ella. Así podemos entender algunas tendencias ideológicas dentro de la clase, como el obrerismo, que cae en esta lógica al reclamar una sociedad capitalista en la que la clase obrera tenga una mejor posición o en la que su labor sea reconocida política e ideológicamente. Si decíamos antes que lo espontáneo es embrión de lo consciente, una forma de entenderlo es que la lucha económica pone a la clase obrera frente al problema de la política, pero, salvo pequeños destellos, su tendencia es afrontarla de forma burguesa. En contraste, y como bien explica Lenin en la cita superior, la conciencia revolucionaria está fundamentada en el marxismo como teoría emancipatoria científico-universal.

Es en este sentido que debemos entender el «desde fuera»: desde fuera de la posición particular que tiene el proletariado en la división social del trabajo y la conciencia espontánea que eso general. Implica un desde fuera del «pensamiento instintivo» de la clase, lo que se plasma en un tipo de acción política específica: la del «tribuno popular» (que iremos viendo en adelante). La misión de los revolucionarios y su partido debe ser trabajar por introducir esa conciencia revolucionaria entre el resto de la clase, lejos de ir a la zaga del movimiento obrero espontáneo, que, por sí mismo, no sobrepasa los límites de la lógica capitalista. En

términos organizativos, el «desde fuera» no debe entenderse como que la organización de los revolucionarios es un aparato externo o independiente de la clase obrera, pues es una visión, asumida de palabra o de hecho por ciertas tendencias, que nada tiene que ver con el comunismo científico. En cambio, si la lógica «fuera-dentro» debe entenderse como la oposición entre el pensamiento espontáneo y el pensamiento científico-consciente, no hay lugar a que se traduzca, organizativamente, en una oposición, casi paternalista y/o blanquista⁹, entre la clase obrera y otros sectores sociales que pretendan dirigirla o «salvarla». La organización de los revolucionarios se compone de los miembros más avanzados de la clase obrera, que actúan en el seno de su propia clase para extender dicha conciencia revolucionaria. Nunca es un agente externo, de composición de clase diferente al proletariado.

En el contexto del libro, la principal forma de culto al espontaneísmo del movimiento obrero, teniendo al periódico *R. Mysl* como tribuna, era el economicismo; es decir, el seguidismo a la lucha sindical y económica de la clase trabajadora para la obtención de mejoras parciales e inmediatas, donde los revolucionarios sólo daban un mero apoyo de cola. Por ello, hacemos especial hincapié en dicha tendencia durante esta exposición. Pero, aunque en nuestros días el economicismo sigue siendo una de las principales formas de espontaneísmo que debemos confrontar los

⁹ «Blanquismo» viene del revolucionario comunista francés Louis Auguste Blanqui (1805-1881). Defendía la tesis de que los revolucionarios debían pensar en un golpe de Estado promovido por una pequeña élite revolucionaria para tomar el poder y ejercerlo dictatorialmente en beneficio de la mayoría social. Su idea fue imponer desde arriba, y unilateralmente, el programa revolucionario para la transformación social. El propio Marx ya rechaza esta tesis, por elitista.

comunistas, es importante insistir en que no es la única, pues las formas de lucha de la clase obrera no se limitan a lo económico. Como dirá Lenin en apartados posteriores, la lucha económica no solo no es la única forma de lucha de la clase, sino que ni siquiera tiene por qué ser la más importante. Aunque, en cualquier caso, nunca deja de ser, estratégicamente, importante.

Volviendo a la exposición del libro, Lenin refleja muy bien en el siguiente pasaje todo el contenido de la política espontaneísta del economicismo, así como las frases torticeras bajo las que se camufla (páginas 34 a 36 de nuestra edición):

«Este editorial expresa con tanto relieve todo el espíritu de Rab. Mysl y del "economicismo" en general que merece la pena examinarlo. Después de señalar que el brazo con bocamanga azul no podrá detener el desarrollo del movimiento obrero, el artículo continúa: "...El movimiento obrero debe esa vitalidad a que el propio obrero toma, por fin, su destino en sus propias manos, arrancándole de las manos de los dirigentes", y más adelante se explana en detalle esta tesis fundamental. En realidad, la policía arrancó a los dirigentes (es decir, a los socialdemócratas, a los organizadores de la Unión de Lucha), puede decirse, de las manos de los obreros, ipero las cosas son presentadas como si los obreros hubieran luchado contra esos dirigentes y se hubieran emancipado de su yugo! En vez de exhortar a marchar adelante, a consolidar la organización revolucionaria y extender la actividad política, empezaron a llamar a volver atrás, a la lucha tradeunionista exclusiva. Se proclamó que "la

base económica del movimiento es velada por el deseo constante de no olvidar el ideal político", que el lema del movimiento obrero debe ser: "lucha por la situación económica" (!), o mejor aún: "los obreros, para los obreros"; se declaró que las cajas de resistencia "valen más para el movimiento que un centenar de otras organizaciones" (...), etc. Frasecitas como, por ejemplo, la de que no debe colocarse en primer plano la "flor y nata" de los obreros, sino al obrero "medio", al obrero de la masa; que la "política sigue siempre dócilmente a la economía"; etc., etc., se pusieron de moda y adquirieron una influencia irresistible sobre la masa de la juventud enrolada en el movimiento, la cual sólo conocía, en la mayoría de los casos, retazos de marxismo tal y como se exponían en las publicaciones legales.*

Esto significaba someter por completo la conciencia a la espontaneidad, a la espontaneidad de los "socialdemócratas" que repetían las "ideas" del señor V.V., a la espontaneidad de los obreros que se dejaban llevar por el argumento de que conseguir aumentos de un kopek por rublo estaba más cerca y valía más que todo socialismo y toda política; de que debían "luchar, sabiendo que lo hacían no para imprecisas generaciones futuras, sino para ellos mismos y para sus hijos" (editorial del núm. 1 de R. Mysl). Las frases de este tipo han sido siempre el arma favorita de los burgueses de Europa Occidental que, en su odio al socialismo, se esforzaban (como el "socialpolítico" alemán Hirsch) por trasplantar el tradeunionismo inglés a su suelo patrio, diciendo a los obreros que la lucha exclusivamente sindical es una lucha para ellos mismos y para sus hijos, y no para imprecisas generaciones futuras con un

impreciso socialismo futuro. Y ahora, "los V. V. de la socialdemocracia rusa" repiten estas frases burguesas».

Lenin prosigue enfatizando cómo los defensores del contacto más «estrecho y orgánico» con el movimiento obrero, que rechazan a todo intelectual no puramente obrero, se ven obligados a recurrir a los argumentos de los «exclusivamente tradeunionistas» burgueses. Esto es la guinda a la conclusión leninista sobre la lucha económico-espontánea: que todo lo que sea aminorar el elemento consciente, rendir culto a la espontaneidad, reducir el papel de los revolucionarios, supone, se quiera o no, acrecentar la influencia de la ideología burguesa entre los obreros. Cuando hablan de «sobrestimación de la ideología», los revisionistas se imaginan que la clase obrera podrá elaborar por sí sola, a través del movimiento puramente obrero, una ideología independiente. Pero es un completo error. Para terminar de reforzar esta tesis sobre la espontaneidad y la conciencia revolucionaria, Lenin reproduce un pasaje de K. Kautsky¹⁰, antes de que este renegase del marxismo revolucionario. Aunque no lo reproducimos aquí, es una parte que conviene leer con atención.

En definitiva, la posición espontaneísta ignora el carácter burgués de la política instintiva de la clase obrera; de la clase obrera sin conciencia revolucionaria. Es decir, el carácter «burgués» de la clase obrera misma, errando al considerarla revolucionaria de forma esencialista. Así, el espontaneísmo

¹⁰ Karl J. Kautsky (1854-1938) fue un importante teórico marxista que, tras la primera guerra mundial, asumió definitivamente posiciones revisionistas, renegando de sus principios revolucionarios. Fue el coautor del Programa de Erfurt junto a August Bebel y Eduard Bernstein, así como una de las figuras más importantes de la II Internacional. Destacado miembro del SPD alemán, rompió con su ala izquierda y Rosa Luxemburgo en 1914.

se niega a estudiar y clarificar teóricamente al movimiento obrero y su potencial revolucionario, al considerar que este último se encuentra sustancialmente inscrito en él de forma natural y que se puede despertar de forma espontánea. El economicismo observa al movimiento obrero como un movimiento histórico-trascendente, que conduce por necesidad, en su propio desarrollo intrínseco, a la superación de la sociedad capitalista. Esta posición cae en el determinismo económico y niega la política como factor que retroalimenta a la configuración económica (como Lenin va señalando a lo largo del capítulo). Más allá de ser una tesis incompatible teóricamente con el marxismo, es históricamente falsa a todas luces. Aquí conviene recordar a F. Engels, quien decía que los hombres hacen su propia historia, pero de acuerdo con unas condiciones dadas. Frente a lo anterior, la postura determinista del espontaneísmo reduce la tarea revolucionaria a ayudar al movimiento obrero en su organización sindical y su corporativización política. Según Lenin, se reducen a gestionar lo existente, mientras que los revolucionarios debemos abordar la crítica política universal, es decir, la crítica revolucionaria.

Durante un breve pasaje, Lenin se para a explicar por qué el movimiento espontáneo es burgués, achacándolo a la influencia ideológica de la burguesía. Siendo una exposición muy breve, puede malinterpretarse como que la hegemonía burguesa es solo resultado de la potencia de sus instrumentos de propaganda. Pero hacer una lectura así sería reduccionista: las formas político-ideológicas del capital se reproducen diariamente como resultado de la práctica social de todos sus integrantes, siendo únicamente

posible evadirlas a través de un esfuerzo consciente. No se trata de una conspiración ideológica transmitida de forma subrepticia por los medios de comunicación, sino la reproducción inercial del sistema social existente, que naturaliza los parámetros de conciencia que le son adecuados y necesarios. Toda forma social tiende a reproducirse a sí misma. Cada vez que interactuamos en el mundo existente, reproducimos sus parámetros. Por lo tanto, en el capitalismo, todo movimiento social, político o económico es naturalmente burgués, a no ser que se realice un esfuerzo consciente en todos sus ámbitos por adquirir una perspectiva revolucionaria (donde entra en juego la importancia de la lucha teórica, antes mencionada). Podemos ligar esta cuestión con lo expresado hace algunos párrafos: la necesidad de una elaboración independiente de la política revolucionaria.

Recogiendo lo dicho, la verdadera dicotomía es la siguiente: o ideología revolucionaria o ideología burguesa. Lenin dice (página 39 de nuestra edición):

«Por eso, todo lo que sea rebajar la ideología socialista, todo lo que sea separarse de ella, significa fortalecer la ideología burguesa. Se habla de espontaneidad. Pero el desarrollo espontáneo del movimiento obrero marcha precisamente hacia la subordinación suya a la ideología burguesa, (...), pues el movimiento obrero espontáneo es tradeunionismo, (...), y el tradeunionismo no es otra cosa que el sojuzgamiento ideológico de los obreros por la burguesía. De ahí que nuestra tarea, la tarea de la socialdemocracia, consista en combatir la espontaneidad, en apartar el movimiento obrero de

este afán espontáneo del tradeunionismo, que tiende a cobijarse bajo el ala de la burguesía, y enrolarlo bajo el ala de la socialdemocracia revolucionaria».

Si la socialización del proletariado se da bajo coordenadas burguesas (es decir, que su posición social genera pensamiento burgués), esta misma posición objetiva es la que a su vez genera potencialidades. En este sentido es que afirmamos que la conciencia económico-espontánea de la clase es embrión de la conciencia revolucionaria. Si ese embrión no se resuelve en elevación —y aquí es donde encaja el «desde fuera», el tribuno popular y el papel del Partido—, se resuelve en rearticulación burguesa.

En adelante, Lenin pone como ejemplo a Lasalle en Alemania para exponer cómo consiguió el SPD atraer a las masas obreras al proyecto revolucionario, que fue, precisamente, luchando contra todo espontaneísmo; luchando contra la conciencia burguesa espontánea y trasladando, en su lugar, la conciencia revolucionaria. También reincide en las tesis que ya hemos expuesto, matizando según qué aspectos a propósito de los debates específicos con los periódicos de la época. Un matiz relevante es cómo, cuando los comunistas hablamos de que la lucha espontánea del proletariado es económica, y no política, nos referimos a la política revolucionaria. Por ejemplo, pelear por una legislación laboral más favorable es una lucha política, pero sigue siendo lucha tradeunionista; es política, pero burguesa, no política revolucionaria.

Del resto del capítulo, conviene detenernos en una de las consecuencias de asumir como tarea la introducción de la

conciencia revolucionaria entre los obreros: la necesidad de una táctica-plan. Lenin expone cómo los espontaneístas/economicistas afirman que dotarse de un plan está en contradicción con el marxismo. Esta afirmación, por supuesto, es una completa caricatura del marxismo. En palabras de Lenin (páginas 47 a 48 de nuestra edición):

«Eso es precisamente aminorar la iniciativa y la energía de los militantes conscientes, mientras que el marxismo, por el contrario, da un impulso gigantesco a la iniciativa y a la energía de los socialdemócratas, abriendo ante ellos las perspectivas más vastas, poniendo a su disposición (si podemos expresarnos así) las fuerzas poderosas de los millones y millones que constituyen la clase obrera, la cual se alza a la lucha "espontáneamente"! Toda la historia de la socialdemocracia internacional abunda en planes, propuestos ora por uno, ora por otro líder político, que demuestran la perspicacia y la justedad de las concepciones que uno tiene de política y organización o revelan la miopía y los errores políticos de otro.

(...)

Decir en un momento en que muchos socialdemócratas rusos padecen precisamente de falta de iniciativa y energía, de falta de "amplitud en la propaganda, agitación y organización políticas", de falta de "planes" para organizar a mayor escala la labor revolucionaria, decir en un momento así que "la táctica-plan está en contradicción con el espíritu fundamental del marxismo" no sólo significa envilecer el marxismo en el sentido teórico, sino, en la práctica, tirar del partido hacia atrás».

Renunciar a la táctica-plan es renunciar al elemento consciente, plegándonos por completo a los vaivenes del movimiento obrero espontáneo (lo que, en oposición a la táctica-plan, Lenin refiere a lo largo de la obra como táctica-proceso), que nunca sobrepasa el marco de la política burguesa. Acusaciones como «subestimar el elemento objetivo del desarrollo», lanzada por *R. Dielo* —y que es lo mismo que acusar de «sobreestimaciones de la ideología»—, esconden la renuncia a toda conciencia revolucionaria.

Lenin finaliza resumiendo las conclusiones del capítulo, que son que esta tendencia oportunista consiste en rendir culto a la espontaneidad; que la espontaneidad de las masas trabajadoras exige a los revolucionarios tener una elevada conciencia; y que, cuanto más crece la lucha espontánea de la clase obrera, más grande es el imperativo de elevar rápidamente la conciencia a través de la labor teórica, política y orgánica de los comunistas.

Sobre el
capítulo

3º,

Política tradeunionista y política socialdemócrata

En este capítulo, Lenin continúa en la línea de la argumentación anterior. Comienza recordando cómo los economicistas, lejos de renegar de toda política, lo que en verdad hacen es renegar de la política revolucionaria, y se limitan a la política burguesa. La lucha económica de la clase obrera es muy importante (aunque no tiene por qué ser la que más), dice Lenin, y seguirá siéndolo mientras exista el capitalismo, porque éste origina, necesariamente, la autodefensa de los obreros. Pero el problema viene cuando nos vemos absorbidos por ella, dejando a un lado las tareas de dirección planificada de la lucha de la clase obrera en el marco de la crítica política universal contra lo existente, propia del comunismo científico.

Lenin expone que la socialdemocracia de la época se vio absorbida por la labor de organizar denuncias contra los abusos cometidos en las fábricas, pero que olvidaron que

esa actividad, por sí sola, no era política revolucionaria, sino tradeunionista (página 55 de nuestra edición):

«En realidad, las denuncias no se referían más que a las relaciones de los obreros de un oficio determinado con sus patrones respectivos, y lo único que lograban era que los vendedores de la fuerza de trabajo [los trabajadores] aprendieran a vender a mejor precio esa “mercancía” y a luchar contra los compradores en el terreno de las transacciones puramente comerciales».

Estas denuncias, dice Lenin, aunque pueden convertirse en punto de partida y elemento integrante de la actividad revolucionaria, también pueden conducir a la «lucha exclusivamente sindical» y a un movimiento obrero burgués, no revolucionario. Con el culto a la espontaneidad del movimiento obrero, esto es precisamente lo que ocurre. En nuestros días, este razonamiento conserva su validez universal y de él se deriva la siguiente conclusión, tomada del autor: los revolucionarios tenemos como tarea dirigir la lucha de la clase obrera, no para conseguir ventajosas condiciones de venta de la fuerza de trabajo, sino para destruir el régimen social que obliga a los desposeídos a venderse a los ricos. Nuestro objetivo último no es apoyar a la clase obrera en su corporativización, sino destruir las relaciones de producción existentes. En el terreno de la táctica, las conquistas parciales tienen su interés: acumulación de fuerzas, legitimación del proyecto revolucionario, desafío a la burguesía, demostración de la fuerza organizada de los trabajadores, etc.; aparte del hecho mismo de paliar en parte nuestra miseria como trabajadores, claro. Pero siempre deben darse en el marco consciente del objetivo revolucionario, pues de lo contrario caen en saco

roto o, en el peor caso, esas conquistas sirven para relegitimar el orden burgués como un régimen donde los trabajadores pueden tener una vida digna. Cuando se abandona la política revolucionaria, plegándonos a la política tradeunionista, las mismas conquistas parciales que harían avanzar el proyecto revolucionario producen el efecto opuesto. Lenin dice (página 55 de nuestra edición):

«La socialdemocracia representa a la clase obrera en sus relaciones no sólo con un grupo determinado de patronos, sino con todas las clases de la sociedad contemporánea, con el Estado como fuerza política organizada. Se comprende, por tanto, que, lejos de poder limitarse a la lucha económica, los socialdemócratas no pueden ni admitir que la organización de denuncias económicas constituya su actividad predominante. Debemos emprender una intensa labor de educación política de la clase obrera, de desarrollo de su conciencia política».

La educación política, por tanto, es una de las tareas fundamentales de los revolucionarios. Lenin expresa qué denuncias debemos hacer como parte de ella, a través del contexto de la lucha en Rusia contra la autocracia zarista. Lejos de limitarnos a *explicar* la opresión política que sufren los obreros, dice, debemos *hacer agitación* con motivo de cada hecho concreto de esa opresión. Esta opresión, además, no se limita sólo al proletariado, sino que las más diversas clases son víctima de ella, pues se expresa en todos los ámbitos de la vida personal, familiar, religiosa, científica, sindical, cívica, etc. En este contexto, no estaríamos cumpliendo con la tarea de desarrollar la conciencia de los obreros si no asumimos que debemos organizar la denuncia

revolucionaria, político-universal, del mundo social en todos sus aspectos.

Los economicistas de la época asumían, de palabra, la misma concepción y definición de las tareas de agitación y propaganda (que veremos más adelante). Pero, en los hechos, llevaban a cabo una política muy diferente, fruto de su premisa de que «la lucha política debe seguir a la económica». Los economicistas planteaban que la lucha económica es el mejor medio para incorporar a las masas a la lucha política, el que se puede aplicar con «mayor amplitud»; Lenin, por el contrario, plantea que muchas otras manifestaciones de la opresión, como la represión policial, sin necesaria relación directa con la lucha económica, son igual de válidas para la agitación política. No significa, claro, que la lucha económica carezca de una importancia central. Solo significa que la lucha económica no es la única importante, ni necesariamente la más importante en cualquier contexto y momento de la lucha revolucionaria.

Lenin llama a aquel razonamiento seguidista la «restricción de la agitación por parte de los economicistas». Con sus palabras, expresaba así todo lo que hemos venido diciendo (página 57 de nuestra edición):

«¿Será cierto que la lucha económica es, en general, "el medio que se puede aplicar con la mayor amplitud" para incorporar a las masas a la lucha política? Es falso por completo. Medios "que se pueden aplicar" con no menos "amplitud" para tal "incorporación" son todas y cada una de las manifestaciones de la opresión policiaca y de la arbitrariedad autocrática, pero en modo alguno sólo las manifestaciones ligadas a la lucha económica.

¿Por qué los jefes de los zemstvos y los castigos corporales de los campesinos, las conclusiones de los funcionarios y el trato que da la policía a la "plebe" de las ciudades, la lucha con los hambrientos y la persecución de los deseos de instrucción y de saber que siente el pueblo, la exacción de tributos y la persecución de las sectas religiosas, el adiestramiento de los soldados a baquetazos y el trato cuartelero que se da a los estudiantes y los intelectuales liberales; por qué todas estas manifestaciones de opresión y miles de otras análogas, que no tienen relación directa con la lucha "económica", han de ser en general medios y motivos "que se pueden aplicar" con menos "amplitud" para hacer agitación política, para incorporar a las masas a la lucha política? Todo lo contrario: es indudable que, en la suma total de casos cotidianos en que el obrero (él mismo o sus allegados) está falto de derechos o sufre de la arbitrariedad y la violencia, sólo una pequeña minoría son casos de opresión policiaca en la lucha sindical. ¿Para qué restringir de antemano la envergadura de la agitación política y declarar que se "puede aplicar con más amplitud" sólo uno de los medios, al lado del cual deben hallarse, para un socialdemócrata, otros que, hablando en general, "pueden aplicarse" con no menos "amplitud"?».

No hay, en definitiva, necesidad alguna de desarrollar la agitación política exclusivamente sobre el terreno económico, tal y como hemos venido adelantando a lo largo del documento. Dice Lenin, apenas unas líneas después de la cita anterior y expresando la cuestión con mayor profundidad (página 58 de nuestra edición):

«¿No hubiera sido más lógico decir, también en este caso, que se debe desarrollar con la mayor amplitud posible la lucha económica, que es preciso utilizarla siempre para la agitación política, pero que "no hay ninguna necesidad de ver en la lucha económica el medio que se puede aplicar con más amplitud para incorporar a las masas a la lucha política activa?».

Tras lo anterior, Lenin se detiene a desmontar la consigna de «dar a la lucha económica misma un carácter político», formulada por Martínov¹¹, que no representa en absoluto la tarea de introducir la conciencia revolucionaria entre los trabajadores. Para ello, vuelve a definir qué es la lucha económica, en el mismo sentido que ya se ha venido exponiendo: es la lucha de los trabajadores por vender más cara su «mercancía» a los capitalistas, es decir, por vender más cara su fuerza de trabajo. Este debate es importante en nuestros días para entender bien la actitud de los revolucionarios hacia la lucha económica. Lenin dice (páginas 59 a 60 de nuestra edición):

«La lucha económica es una lucha colectiva de los obreros contra los patronos por conseguir ventajosas condiciones de venta de la fuerza de trabajo, por mejorar las condiciones de trabajo y de vida de los obreros. Esta lucha es, por necesidad, una lucha sindical, porque las condiciones de trabajo son muy diferentes en los distintos oficios y, en consecuencia, la lucha orientada a mejorar estas condiciones tiene que sostenerse forzosamente por oficios».

¹¹ Alexander Martínov (1865-1935) fue un dirigente menchevique hasta su incorporación, en 1923, a los bolcheviques, ya convertidos en Partido Comunista. En el momento de redacción de la obra era integrante del equipo editorial del periódico Rabócheie Dielo.

Dar a esta lucha económica un carácter político significa lograr esas reivindicaciones y mejoras de las condiciones de vida y trabajo a través de medidas legislativas y administrativas. Es, como mencionábamos en partes previas del documento, la política burguesa que corresponde de forma natural al movimiento obrero y su lucha económica. Y, dice Lenin, todo eso es lo que hacen y han hecho siempre los sindicatos obreros. Así, la consigna pomposa de «dar a la lucha económica misma un carácter político» no es otra cosa que rebajar la política revolucionaria a política tradeunionista. Abandonar la política crítico-universal de los revolucionarios para plegarnos a la política sindical, burguesa, tradeunionista, que corresponde naturalmente a la lucha económica dentro de la sociedad capitalista. Recordemos, aquí, que la lucha revolucionaria no se deriva espontáneamente de la lucha económica de los obreros, porque la conciencia revolucionaria se introduce desde fuera.

Los revolucionarios incluyen en sus actividades la lucha por reformas, pero (página 61 de nuestra edición):

«(...) no utiliza[n] la agitación “económica” exclusivamente para reclamar del gobierno toda clase de medidas: la utiliza[n] también (y en primer término) para exigir que deje de ser un gobierno autocrático. Además, considera su deber presentar al gobierno esta exigencia no sólo en el terreno de la lucha económica, sino asimismo en el terreno de todas las manifestaciones en general de la vida sociopolítica. En una palabra, subordina[n] la lucha por las reformas como la parte al todo, a la lucha revolucionaria por la libertad y el socialismo».

Una afirmación que Lenin, a lo largo del capítulo, reprocha de forma significativa a los economicistas, es que plantean que solo es útil implicar a los obreros en luchas cuyos resultados sean «palpables», como si todo lo demás fuese incomprensible para la masa obrera y la denuncia política omnímoda fuera poco más que palabrería vacía sin utilidad en la estrategia revolucionaria. Hoy en día siguen existiendo varias corrientes economicistas que reproducen ese argumentario. La noción de la necesidad de la educación política y la concepción leninista de vanguardia cobra especial importancia ante estas corrientes.

Por tanto, como hemos mencionado en apartados anteriores, los revolucionarios nunca debemos entender que la lucha por reformas económicas es la vía más importante, ni la que se puede aplicar con mayor amplitud. Debemos recordar, además, que en ausencia de dirección revolucionaria bajo una táctica-plan, esas mismas reformas económicas pueden servir de poco o incluso producir efectos reaccionarios. De hecho, Lenin nos señala cómo las reformas económicas son, en verdad, las medidas más baratas y ventajosas para el gobierno, porque espera ganarse con ellas la confianza de las masas obreras. Es a lo que nos referíamos en partes previas cuando decíamos que las conquistas parciales en el seno del capitalismo pueden reproducir dicho sistema socioeconómico, legitimándolo y haciendo creer que hay solución a los problemas de los trabajadores en su seno, a no ser que esas conquistas se produzcan en el marco de una táctica-plan revolucionaria.

Durante el resto del apartado, Lenin reitera sus argumentos aplicándolos a varias declaraciones de los periódicos de la época, cerrando con la siguiente conclusión, que recoge qué implican las reformas económicas y el «darles un carácter político» (página 64 de nuestra edición):

«La “lucha económica contra el gobierno” es, precisamente, política tradeunionista, que está muy lejos, lejísimos, de la política socialdemócrata».

Entonces es cuando Lenin pasa a exponer la diferencia entre la «agitación» y la «propaganda», así como el papel de cada una de ellas. Antes de seguir la exposición del libro, creemos útil hacer una síntesis de qué es la agitprop. La agitación es la forma de comunicación más directa y básica que tenemos los comunistas para abordar a las masas. Parafraseando a Lenin, cuando habla del papel del agitador, debemos dar una sola idea concisa y asimilable al conjunto de las masas. Con eso se refería a dos cuestiones fundamentales:

1. Por una parte, para que una agitación sea efectiva y asimilable, esta debe ser concreta, concisa e incisiva, pero saturada de contenido profundo a nivel político-ideológico. La agitación exige concretar nuestra propuesta política en un elemento o conjunto reducido de elementos incisivos y asimilables, que favorezcan la identificación de las masas con dicha propuesta política, en consonancia con el contexto y el estado de las masas. Así, la agitación ni siquiera se limita, como es propio de los economicistas, a las reivindicaciones de carácter económico-inmediato. Por ejemplo, la famosa consigna de «todo el poder a

los soviets» es también un llamado agitativo, en el sentido de que se fundamenta en una idea concreta y asimilable en un momento dado de la lucha de clases. Por ello, la concepción leninista se aleja de la idea de que en nuestra agitación se deben ocultar nuestros principios político-ideológicos.

2. La otra diferencia estaría en cuanto al nivel de alcance. Es decir, la agitación tiene aspiración de influir sobre sectores más amplios. Una forma de comprender esto es a través de la metáfora visual de los círculos concéntricos de influencia. Si el círculo central es la propia organización, esta tiene en torno a sí un círculo interno y un círculo externo: el primero sería ese «entorno», ese conjunto de sectores cercanos con mayor nivel de conciencia y más próximos al proyecto comunista, y el segundo, esos sectores algo más alejados, con menor nivel de desarrollo político-ideológico, pero a los que llega el mensaje comunista. La función de la agitación es incidir sobre ambos círculos, pero con capacidad de alcanzar a ese círculo externo, con la voluntad de acercarlo progresivamente hacia el centro (lo que implica su elevación política) y de ampliar cada vez más las fronteras externas (lo que implica llegar a cada vez más amplias masas). El receptor de la agitación es, por tanto, más amplio, y para que sea funcional debe contener elementos ante los que las masas puedan sentir afinidad o conexión sin la necesidad de tener un amplio conocimiento político, pero sirviendo de mediación para que lo adquieran.

Por su parte, la «propaganda» puede entenderse, parafraseando a Lenin, como ideas más profundas que tienen por objeto ser asimiladas por unos pocos. Así, la propaganda responde de forma diferente a las dos cuestiones planteadas cuando hablábamos de la agitación:

1. En primer lugar, la propaganda necesita de medios más extensos que permitan la elaboración política y teórica, puesto que contiene análisis más profundos sobre el carácter de las contradicciones del capitalismo. La propaganda se extiende en «muchas ideas», explica la profundidad de los fenómenos, mientras que la agitación se centra en una sola idea simple y accesible. Por ello, siguiendo con la metáfora de los círculos concéntricos, la propaganda es especialmente incisiva sobre el círculo interno, que está más cerca y tiene un mayor nivel político.
2. La segunda cuestión tiene que ver con su nivel de alcance. La propaganda es más incisiva sobre esos «pocos» que mencionaba Lenin, esto es, los sectores avanzados de las masas, lo cual no quiere decir que debamos tener una comprensión rígida y mecánica: aunque sepamos que la propaganda es especialmente permeable entre las masas más avanzadas y planifiquemos nuestra elaboración buscando incidir particular y prioritariamente sobre estos sectores, esto no quiere decir que rechacemos que sectores algo más alejados tengan acceso y conocimiento de nuestra propaganda. La propaganda también debe ser atractiva y accesible dentro de su funcionalidad política, porque, entre otras razones, nuestra

aspiración es que esos “pocos” sean cada vez más. La propaganda incide particularmente sobre el círculo interno buscando que éste aumente su cercanía con el proyecto comunista y que buena parte de quienes componen ese círculo interno pasen al círculo central (el Partido).

Respecto a la relación entre agitación y propaganda, ambas son complementarias en la política revolucionaria. El empleo de un mecanismo u otro, además de a quién y cómo nos dirigimos, depende mucho también del momento particular y del dónde. Por ejemplo, si nos encontramos en una manifestación y hay que dar un discurso final, este tenderá a ser de tipo agitativo; sin embargo, si estamos en una charla y hay que explicar nuestra posición sobre una determinada ley o fenómeno, nuestra intervención debería ser de tipo propagandística. Así pues, podemos decir que ambos términos comportan una reciprocidad. La agitación no puede comprenderse sin la propaganda y viceversa. Esto quiere decir que ambas se comunican entre sí y conforman un todo, un sistema de comunicación y educación política integral que llamamos agitprop.

Veamos ahora cómo aborda la cuestión Lenin en el *¿Qué hacer?*. El siguiente fragmento recoge muy bien el sentido de los párrafos anteriores (página 65 de nuestra edición):

«(...) si un propagandista trata, por ejemplo, el problema del desempleo, debe explicar la naturaleza capitalista de las crisis, mostrar la causa que las hace inevitables en la sociedad actual, exponer la necesidad de transformar la sociedad capitalista en socialista, etc. En una palabra, debe comunicar "muchas ideas", tantas, que todas ellas

en conjunto podrán ser asimiladas en el acto sólo por pocas (relativamente) personas. En cambio, el agitador, al hablar de este mismo problema, tomará un ejemplo, el más destacado y más conocido de su auditorio — pongamos por caso, el de una familia de parados muerta de inanición, el aumento de la miseria, etc.— y, aprovechando ese hecho conocido por todos y cada uno, orientará todos sus esfuerzos a inculcar en la "masa" una sola idea: la idea de cuán absurda es la contradicción entre el incremento de la riqueza y el aumento de la miseria, tratará de despertar en la masa el descontento y la indignación contra esta flagrante injusticia, dejando al propagandista la explicación completa de esta contradicción».

Es aquí donde se une la crítica a los economicistas con la diferenciación entre la función de la agitación y la de la propaganda, así como la tarea de los revolucionarios. Aunque extenso, este pasaje del libro recoge perfectamente la cuestión (páginas 68 a 69 de nuestra edición):

«En realidad, se puede "elevar la actividad de la masa obrera" únicamente a condición de que no nos limitemos a hacer "agitación política sobre el terreno económico". Y una de las condiciones esenciales para esa extensión indispensable de la agitación política consiste en organizar denuncias políticas omnímodas. Sólo con esas denuncias pueden infundirse conciencia política y actividad revolucionaria a las masas. De ahí que esta actividad sea una de las funciones más importantes de toda la socialdemocracia internacional, pues ni siquiera la libertad política suprime en lo más mínimo esas denuncias (...) La conciencia de la clase obrera no puede ser una verdadera conciencia política si los obreros no están acostumbrados a hacerse eco de

todos los casos de arbitrariedad y de opresión, de todos los abusos y violencias, cualesquiera que sean las clases afectadas; a hacerse eco, además, desde el punto de vista socialdemócrata, y no desde algún otro. La conciencia de las masas obreras no puede ser una verdadera conciencia de clase si los obreros no aprenden —basándose en hechos y acontecimientos políticos concretos y, además, actuales sin falta— a observar a cada una de las otras clases sociales en todas las manifestaciones de su vida intelectual, moral y política, si no aprenden a hacer un análisis materialista y una apreciación materialista de todos los aspectos de la actividad y la vida de todas las clases, sectores y grupos de la población. Quien orienta la atención, la capacidad de observación y la conciencia de la clase obrera de manera exclusiva —o, aunque sólo sea con preferencia— hacia ella misma, no es un socialdemócrata, pues el conocimiento de la clase obrera por sí misma está ligado de modo indisoluble a la completa claridad no sólo de los conceptos teóricos... o mejor dicho: no tanto de los conceptos teóricos como de las ideas, basadas en la experiencia de la vida política, sobre las relaciones entre todas las clases de la sociedad actual. Por eso es tan nociva y tan reaccionaria, dada su significación práctica, la prédica de nuestros "economistas" de que la lucha económica es el medio que se puede aplicar con más amplitud para incorporar a las masas al movimiento político. Para llegar a ser un socialdemócrata, el obrero debe formarse una idea clara de la naturaleza económica y de la fisonomía social y política del terrateniente y del cura, del dignatario y del campesino, del estudiante y del desclasado, conocer sus lados fuertes y sus puntos flacos, saber orientarse entre los múltiples sofismas y frases en boga, con los que cada clase y cada sector

social encubre sus apetitos egoístas y su verdadera "entraña"; saber distinguir qué instituciones y leyes reflejan tales o cuales intereses y cómo lo hacen. Mas esa "idea clara" no se puede encontrar en ningún libro: pueden proporcionarla únicamente las escenas de la vida y las denuncias, mientras los hechos están recientes, de cuanto sucede alrededor nuestro en un momento dado; de lo que todos y cada uno hablan —o, por lo menos, cuchichean— a su manera; de lo que revelan determinados acontecimientos, cifras, sentencias judiciales, etc., etc., etc. Estas denuncias políticas omnímodas son condición indispensable y fundamental para infundir actividad revolucionaria a las masas».

La frase con la que Lenin cierra la cita anterior es donde se concentra una de las lecciones más importantes que debemos extraer: en nuestra tarea de educación política de la clase obrera, introduciendo la conciencia revolucionaria y elevando la actividad de las masas en base a la táctica-plan, la propaganda es pieza fundamental. Durante el resto del apartado, Lenin reitera y consolida la misma idea, aplicada a casos concretos de su contexto histórico y en confrontación con las diferentes consignas y acusaciones vertidas por los periódicos economicistas. Destaca la siguiente reiteración: mientras los economicistas están convencidos de que se puede desarrollar la conciencia política revolucionaria «desde dentro» de su lucha económica, los comunistas insistimos en que esa conciencia se introduce desde fuera. Lenin dice que solo desde fuera del campo de las relaciones entre obreros y capitalistas, desde fuera de la lucha económica; es decir, en la esfera de las relaciones de todas las clases y sectores sociales con el Estado y el Gobierno, la

esfera de las relaciones de todas las clases entre sí, es la única esfera de la que se pueden extraer los conocimientos que conforman la conciencia revolucionaria. Y, por ello, dice (página 78 de nuestra edición):

«Para aportar a los obreros conocimientos políticos, los socialdemócratas deben ir a todas las clases de la población, deben enviar a todas partes destacamentos de su ejército».

A partir de aquí es donde damos el paso a uno de los posicionamientos leninistas más importantes, derivado del papel de los revolucionarios defendido por Lenin: la concepción de «vanguardia» y del militante revolucionario como «tribuno popular». En el contexto de la obra Lenin habla de combatientes de vanguardia por la «democracia», debido a las necesidades históricas concretas del movimiento revolucionario frente a la autocracia zarista, pero sus argumentaciones sobre la vanguardia son extrapolables a la lucha por la revolución. En cualquier caso, la conquista de reformas democráticas también es asumible en nuestro momento en tanto a una lucha por reformas inmediatas que permitan acercar el proyecto revolucionario a las masas, en el mismo sentido que la lucha económica o la lucha por reformas laborales de tipo legal.

Lenin comienza exponiendo al militante socialdemócrata típico de la época, de tipo economicista, absorbido por la agitación económica. Nos dice que ese militante «está en contacto con los obreros» y se conforma con ello: edita panfletos que denuncian los abusos en las fábricas, la complicidad del Gobierno con los capitalistas de turno, la represión policial, etc.; y que rara vez se sobrepasan esos

términos. Este tipo de militante, dice Lenin, se parece mucho a un secretario de sindicato, un jefe tradeunionista, y muy poco a un militante revolucionario. Ayuda a sostener la lucha económica contra los patronos y el Gobierno, nada más. En contraposición, el ideal de militante revolucionario (página 79 de nuestra edición):

«(...) no debe ser el secretario de tradeunión, sino el tribuno popular, que sabe reaccionar ante toda manifestación de arbitrariedad y de opresión, dondequiera que se produzca y cualquiera que sea el sector o la clase social a que afecte; que sabe sintetizar todas estas manifestaciones en un cuadro único de la brutalidad policíaca y de la explotación capitalista; que sabe aprovechar el hecho más pequeño para exponer ante todos sus convicciones socialistas y sus reivindicaciones democráticas, para explicar a todos y cada uno la importancia histórica universal de la lucha emancipadora del proletariado».

Debemos ir a todas las clases de la población (salvo la dominante, claro) en calidad de teóricos y propagandistas; como agitadores y organizadores, aunque nuestra organización revolucionaria deba estar compuesta por el proletariado. Nuestra labor teórica como revolucionarios consiste en estudiar las peculiaridades de la situación social, económica y política de todas las clases y las relaciones entre ellas, así como con el Estado, a fin de convertir al proletariado revolucionario en la vanguardia de todas las fuerzas sociales y revolucionarias, dirigiendo su lucha en el marco de la táctica-plan y de la crítica política universal al modo de producción capitalista. Y, como dice Lenin increpando a los economicistas, no basta con

autodenominarnos vanguardia, sino que debemos actuar en consecuencia y que todos los otros destacamentos vean, y estén obligados a reconocer, que marchamos a la cabeza. Condensando todo el sentido de la vanguardia y el tribuno popular, Lenin pone el siguiente ejemplo contra las tesis economicistas de *R. Dielo* y *Martínov* (página 84 de nuestra edición):

«(...) debemos preocuparnos de incitar a quienes están descontentos únicamente del régimen universitario o del zemstvo¹², etc., a pensar que es malo todo el régimen político. Nosotros debemos asumir la tarea de organizar la lucha política, bajo la dirección de nuestro partido, en forma tan múltiple que todos los sectores de oposición puedan prestar, y presten de verdad, a esta lucha y a este partido la ayuda que puedan. Nosotros debemos hacer de los militantes socialdemócratas dedicados a la labor práctica líderes políticos que sepan dirigir todas las manifestaciones de esta lucha múltiple, que sepan, en el momento necesario, "dictar un programa positivo de acción" a los estudiantes en efervescencia, a los descontentos de los zemstvos, a los miembros indignados de las sectas religiosas, a los maestros nacionales lesionados en sus intereses, etc., etc.».

En las páginas siguientes, Lenin defiende la misma idea, argumentando, contra el economicismo que se circunscribe a lo puramente obrero, que todos los sectores sociales sufren de una forma u otra de problemas con el régimen

¹² Las reformas liberales realizadas en el imperio ruso por el zar Alejandro II introdujeron una nueva forma de autogobierno local denominada zemstvo. Fue ideada por Nikolái Miliutin y promulgada por primera vez en 1864. Tras la revolución bolchevique, en octubre de 1917, el sistema de zemstvos fue abolido y sustituido por el de soviets o consejos obreros provinciales.

capitalista y su Estado, y que estas son situaciones que debemos aprovechar los revolucionarios para hacer nuestra propaganda y organizar nuestras denuncias revolucionarias. En nuestros días, dice Lenin —y sigue vigente para nosotros—, sólo podrá convertirse en vanguardia revolucionaria el partido que organice campañas de denuncias de verdad ante todo el pueblo. Para lograr que se nos vea como una fuerza política de vanguardia debemos trabajar con todo nuestro empeño a fin de elevar «(...) *nuestro grado de conciencia, nuestra iniciativa y nuestra energía, pues no basta con pegar el marbete de “vanguardia” a una teoría y una práctica de retaguardia*». Aquí podría surgir la duda de, si organizamos denuncias ante todo el pueblo, ¿en qué consiste el carácter de clase de nuestro movimiento? Y así responde Lenin (página 89 de nuestra edición):

«¡Pues precisamente en que seremos nosotros, los socialdemócratas, quienes organizaremos esas campañas de denuncias ante todo el pueblo; en que todos los problemas planteados en nuestra agitación serán esclarecidos desde un punto de vista socialdemócrata firme, sin ninguna indulgencia para las deformaciones, intencionadas o no, del marxismo; en que esta polifacética agitación política será realizada por un partido que une en un todo indivisible la ofensiva contra el gobierno en nombre del pueblo entero, la educación revolucionaria del proletariado — salvaguardando al mismo tiempo su independencia política—, la dirección de la lucha económica de la clase obrera y la utilización de sus conflictos espontáneos con sus explotadores, conflictos que ponen en pie y atraen sin cesar a nuestro campo a nuevos sectores proletarios!».

Esto, dice el autor, es el nexo que no comprenden los economicistas, quienes creen que debemos acumular fuerzas en la lucha puramente obrera, puramente económica, hasta que esta se convierta espontáneamente, por su propio desarrollo, en lucha revolucionaria. En contraposición, la verdadera acumulación de fuerzas revolucionaria se da con la educación política revolucionaria del proletariado a través de la denuncia y su progresiva participación en la lucha contra cada pequeño caso de explotación y de opresión, desde la perspectiva de su crítica político-revolucionaria. Se da haciendo que el proletariado se convierta no simplemente en una clase fuertemente organizada para la defensa de sus intereses económicos, sino en una clase que dirige su propio proyecto político emancipatorio, que se encuentra en cada conflicto social para presentar, con su Partido a la cabeza, la perspectiva del comunismo científico a todas las clases de la sociedad, que agrupa a todos los sectores afectados por la explotación capitalista y el autoritarismo estatal en torno a su proyecto político revolucionario.

En lo que resta del capítulo, Lenin reincide en los argumentos que hemos venido exponiendo, donde destaca especialmente su afirmación de que la política tradeunionista no es otra cosa que la política burguesa de la clase obrera, idea que habíamos introducido ya en partes previas del documento. También pone el ejemplo de actuación de vanguardia de otros partidos socialistas, como el alemán.

Sobre el
capítulo

4^o,

El **primitivismo** en el trabajo de los **economicistas** y la organización de los **revolucionarios**

En este capítulo, Lenin aborda cuáles son las consecuencias en materia de organización del partido de la tendencia economicista. Lenin dice que la estructura de cualquier organismo está determinada, de modo natural e inevitable, por el contenido de la actividad de dicho organismo. Si se asume que nuestra tarea es ir a la zaga del movimiento obrero espontáneo, limitarnos a la mera lucha económica y su lucha política de corte burgués, para ello no haría falta más que un método de trabajo artesano y las estructuras organizativas que espontáneamente genera la clase obrera: fundamentalmente sindicatos divididos en oficios, localistas, descoordinados entre sí, atendiendo solo a su realidad específica de lucha económica, etc. Lenin dice que la estructura de cualquier organismo está determinada, de

modo natural e inevitable, por el contenido de la actividad de dicho organismo. Del culto al movimiento espontáneo de la clase obrera nace el culto a la espontaneidad de sus formas organizativas. Si, por el contrario, se entiende que la tarea es llevar a la clase obrera la política revolucionaria desde fuera, enmarcando cada conflicto particular en la crítica político-universal, nacen unas necesidades organizativas muy diferentes. La organización de la que deben dotarse los revolucionarios, acorde con su concepción de vanguardia y con su tarea de introducción de conciencia revolucionaria; de llevar la clase a la política revolucionaria, lejos de la mera lucha económica y su política burguesa, nacen unas necesidades organizativas muy diferentes: una organización centralizada en todo el territorio que *«(...) agrupe en un impulso común todas las manifestaciones de oposición política, de protesta y de indignación; una organización formada por revolucionarios profesionales y dirigida por verdaderos líderes políticos de todo el pueblo»*. Esto supone, en definitiva, lo que Lenin llama liberarnos de los métodos primitivos de trabajo, algo que, aunque tuviera particular importancia en su momento por las circunstancias del movimiento socialdemócrata que detalla en la obra, nos deja lecciones universales respecto a la concepción del partido como vanguardia revolucionaria frente a la concepción del partido como estructura adjunta de la lucha económica.

¿En qué consiste el primitivismo en el trabajo? Lenin, mediante el ejemplo histórico concreto del movimiento espontáneo en Rusia —pero que nos permite de sobra extraer una lección universal—, responde así a la cuestión (páginas 98 a 99 de nuestra edición):

«(...) los nuevos guerreros iban a la campaña con un equipo y una preparación primitivos en extremo. En muchísimos casos carecían casi por completo hasta de equipo y no tenían absolutamente ninguna preparación. Iban a la guerra como verdaderos labradores, sin más pertrecho que un garrote en la mano. Falto de todo contacto con los viejos dirigentes del movimiento, falto de toda ligazón con los círculos de otros lugares o hasta de otros puntos de la ciudad (o de otros centros de enseñanza), sin organización alguna de las diferentes partes de la labor revolucionaria, sin ningún plan sistematizado de acción para un período más o menos prolongado, un círculo de estudiantes se pone en contacto con obreros y empieza a trabajar. Despliega paso a paso una a una propaganda cada vez más vastas, y con su actuación se gana las simpatías de sectores obreros bastante amplios, así como de una parte de la sociedad instruida, que proporciona dinero y pone a disposición del "comité" nuevos y nuevos grupos de jóvenes. Crece el prestigio del comité (o unión de lucha) y aumenta su actividad, que se amplía de un modo espontáneo por completo: las mismas personas que hace un año o unos cuantos meses intervenían en círculos de estudiantes y resolvían el problema de "¿a dónde ir?", que entablaban y mantenían relaciones con los obreros, redactaban e imprimían octavillas, se ponen en contacto con otros grupos de revolucionarios, consiguen publicaciones, emprenden la edición de un periódico local, empiezan a hablar de organizar una manifestación y por fin, pasan a operaciones militares abiertas (que pueden ser, según las circunstancias, la primera hoja de agitación, el primer número del periódico o la primera manifestación). Y por lo general, en cuanto se inician estas operaciones, se produce un

fracaso inmediato y completo. Inmediato y completo precisamente porque dichas operaciones militares no son el resultado de un plan sistemático, bien meditado y preparado poco a poco, de una lucha larga y tenaz, sino sencillamente el crecimiento espontáneo de una labor de círculo efectuada de acuerdo con la tradición».

Del pasaje anterior extraemos que la falta de centralización, coordinación, planificación y elevación de la lucha obrera a lucha revolucionaria determinaba el fracaso de estos círculos, que pese a toda su energía y empeño ya no podían avanzar más, a partir de cierto grado de desarrollo de su labor, con ese modelo organizativo y esa desorientación en sus tareas. Hasta aquí, el vínculo de este primitivismo organizativo con el espontaneísmo es claro y en las páginas sucesivas Lenin lo demuestra con más argumentos, pero advierte que, fruto del trabajo primitivo en el seno del movimiento revolucionario, no solo se daba la tendencia derechista (economicista), sino también la izquierdista. Las dos tendencias siguen teniendo relevancia en nuestros días, aun salvando las distancias (páginas 102 a 103 de nuestra edición):

«Unos [los economicistas derechistas] empezaron a decir: la propia masa obrera no ha planteado aún tareas políticas tan amplias y combativas como las que quieren "imponerle" los revolucionarios, debe luchar todavía por reivindicaciones políticas inmediatas, sostener "la lucha económica contra los patronos y el gobierno" (y a esta lucha "accesible" al movimiento de masas corresponde, como es natural, una organización "accesible" incluso a la juventud menos preparada). Otros [los izquierdistas], alejados de toda "gradación", comenzaron a decir: se puede y se debe "hacer la revolución política", mas para

eso no hay necesidad alguna de crear una fuerte organización de revolucionarios que eduque al proletariado en una lucha firme y tenaz; para eso basta con que empuñemos todos el garrote ya conocido y "asequible". Hablando sin alegorías: que organicemos la huelga general; o que estimulemos el "indolente" desarrollo del movimiento obrero por medio del "terrorismo excitante". Ambas tendencias, los oportunistas y los "revolucionistas", capitulan ante el primitivismo imperante en el trabajo, no confían en que sea posible desembarazarse de él, no comprenden nuestra primera y más urgente tarea práctica: crear una organización de revolucionarios capaz de asegurar a la lucha política energía, firmeza y continuidad».

En las páginas siguientes, Lenin carga contra las diferentes publicaciones y consignas de los economicistas, desplegadas de forma subrepticia por *R. Dielo* y abiertamente por *R. Mysl*, para defender el modelo organizativo de los revolucionarios frente a su culto a la espontaneidad. Tras ello, pasa a definir de manera más sistemática lo que diferencia a la organización espontánea de los obreros y la organización de los revolucionarios, en un subcapítulo con este título. En el siguiente fragmento, Lenin expone bien la naturaleza de la organización sindical y, de una manera aún muy genérica, la de los revolucionarios, que desarrolla más adelante (página 110 de nuestra edición):

«¿En qué consistía, pues, el origen de nuestras discrepancias? Precisamente en que los "economistas" se apartan a cada paso de las concepciones socialdemócratas para caer en el tradeunionismo, tanto en las tareas de organización como en las políticas. La lucha política de la socialdemocracia es mucho más

amplia y compleja que la lucha económica de los obreros contra los patronos y el gobierno. Del mismo modo (y como consecuencia de ello), la organización de un partido socialdemócrata revolucionario ha de ser inevitablemente de un género distinto que la organización de los obreros para la lucha económica. La organización de los obreros debe ser, primero, por oficios; segundo, lo más amplia posible; tercero, lo menos clandestina posible (aquí y más adelante me refiero, claro está, sólo a la Rusia autocrática). Por el contrario, la organización de los revolucionarios debe agrupar, ante todo y sobre todo, a personas cuya profesión sea la actividad revolucionaria (por eso hablo de una organización de revolucionarios, teniendo en cuenta a los revolucionarios socialdemócratas). Ante este rasgo común de los miembros de semejante organización debe desaparecer en absoluto toda diferencia entre obreros e intelectuales, sin hablar ya de la diferencia entre las diversas profesiones de unos y otros. Esta organización debe ser necesariamente no muy amplia y lo más clandestina posible».

Acerca de la clandestinidad, es necesario aclarar que esto varía dependiendo de las condiciones de libertad política que se den en cada país en cada momento. El propio Lenin señala en la cita, entre paréntesis, que es una condición específica de la Rusia autocrática. A menudo, se coge este fragmento de forma literal y se pasan por alto los condicionantes materiales e históricos concretos, que son los que determinan la naturaleza de la organización revolucionaria. En nuestra época, solemos leer por parte del izquierdismo una promoción absurda de la clandestinidad que tiene mucho que ver con la incompreensión del leninismo y el romanticismo folclórico, y muy poco con un análisis serio

de las necesidades y posibilidades del movimiento revolucionario.

Siguiendo con la exposición, la moraleja del debate es, dice Lenin, muy simple: si creamos una fuerte organización de revolucionarios, podremos asegurar la estabilidad del movimiento en su conjunto y alcanzar, al mismo tiempo, los objetivos socialdemócratas y los objetivos tradeunionistas. Añade que, cuanto más amplia sea la masa de obreros que lucha espontáneamente, tanto más necesaria es esta organización de revolucionarios profesionales; cuanto más profesionalizada esté la dirección y coordinación del movimiento revolucionario, más difícil será para la burguesía aplastarlo; y que, al final, cuanto más avance esta organización profesionalizada, mayor será el número de miembros de la clase obrera que podrá participar en el movimiento revolucionario y colaborar activamente con él. Lejos de lo que pudiese parecer, la centralización de las tareas del movimiento en un grupo de revolucionarios profesionalizados no significará que la revolución se organice y haga al margen de la clase, sino la incorporación cada vez mayor de la misma a las tareas revolucionarias; y, con ello, cada vez más cuadros de la clase obrera podrán pasar a las filas de los revolucionarios profesionales.

Lenin cierra el apartado con las siguientes palabras (página 125 de nuestra edición):

«Un revolucionario blandengue, vacilante en los problemas teóricos y de estrechos horizontes, que justifica su inercia con la espontaneidad del movimiento de masas y se asemeja más a un secretario de tradeunión que a un tribuno popular, carente de un plan

amplio y audaz que imponga respeto incluso a sus adversarios, inexperto e inhábil en su arte profesional (la lucha contra la policía política), ino es, con perdón sea dicho, un revolucionario, sino un mísero artesano!».

En definitiva, la relación que Lenin establece entre sindicatos y Partido es una relación política, no orgánica; es decir, de dirección político-ideológica que busca que los sindicatos se conviertan en ámbitos de hegemonía comunista y formación de lucha, no mediante imposiciones formales desde fuera, al estilo de un «chiringuito», sino ganando legítimamente esa posición dirigente. Como vanguardia, el partido es un destacamento que preserva su independencia político-ideológica, a fin de introducir la conciencia revolucionaria en los sindicatos, luchando contra la conciencia política espontánea de corte burgués. No debemos hacer descender los revolucionarios al nivel espontáneo de la clase obrera, como defienden los economicistas, sino elevar a la masa obrera al nivel de los revolucionarios.

Una aclaración importante, y que el propio Lenin realiza durante las siguientes páginas, es en qué consiste todo eso de ser revolucionarios «profesionales». Más allá del sentido que todos podemos percibir, derivado de la organización revolucionaria (trabajo centralizado, planificado, especializado, ajeno a todo voluntarismo y espontaneidad, etc.), profesional aquí significa, literalmente, profesional: cuadros revolucionarios a sueldo del Partido que se dediquen, exclusivamente, a la labor revolucionaria. En este pasaje, Lenin examina la cuestión para justificar esta necesidad (página 131 de nuestra edición):

«Un agitador obrero que tenga algún talento y "prometa" no debe trabajar once horas en la fábrica. Debemos arreglarlo de manera que viva de los fondos del partido, que pueda pasar a la clandestinidad en el momento preciso, que cambie de lugar de acción, pues de otro modo no adquirirá gran experiencia, no ampliará su horizonte, no podrá sostenerse siquiera varios años en la lucha contra los gendarmes. Cuanto más amplio y profundo es el movimiento espontáneo de las masas obreras, tantos más agitadores de talento descuellan, y no sólo agitadores, sino organizadores, propagandistas y militantes "prácticos" de talento, "prácticos" en el buen sentido de la palabra (que son tan escasos entre nuestros intelectuales, en su mayor parte un tanto desidiosos y tardos a la rusa). Cuando tengamos destacamentos de obreros revolucionarios (y bien entendido que de "todas las armas" de la acción revolucionaria) especialmente preparados y con un largo aprendizaje, ninguna policía política del mundo podrá con ellos, porque esos destacamentos de hombres consagrados en cuerpo y alma a la revolución gozarán igualmente de la confianza ilimitada de las más amplias masas obreras. Y somos los culpables directos de no "empujar" bastante a los obreros a este camino, que es el mismo para ellos y para los "intelectuales", al camino del aprendizaje revolucionario profesional, tirando demasiado a menudo de ellos hacia atrás con nuestros discursos necios sobre lo que es "accesible" para la masa obrera, para los "obreros medios", etc.».

Los siguientes pasajes del libro Lenin los dedica a defenderse de la acusación de «conspiradores», vertida por los economicistas a propósito del modelo leninista de organización revolucionaria. En el contexto de la obra, los economicistas comparaban a la organización revolucionaria

con *Libertad del Pueblo* (escisión de *Tierra y libertad*¹³), ante lo cual Lenin señala que el error de aquel grupo nunca fue el modelo organizativo y sistemático que adoptaron, sino el haberse dotado de una teoría que no tenía nada de revolucionaria ni de vinculación con las masas proletarias. Para nuestros días, el debate de fondo sigue siendo vigente, pues diferencia claramente entre el concepto de vanguardia y el de un grupo de conspiradores.

El autor expone su argumentación atacando dos principios fundamentales. En primer lugar, Lenin refuta la acusación de que una organización centralizada de revolucionarios pueda lanzar ataques prematuros, irreflexivos, que aboquen a la derrota. Dice lo siguiente (páginas 134 a 135 de nuestra edición):

«Se nos objetará que una organización tan poderosa y tan rigurosamente secreta, que concentra en sus manos todos los hilos de la actividad conspirativa, organización necesariamente centralista, puede lanzarse con excesiva ligereza a un ataque prematuro, puede enconar irreflexivamente el movimiento antes de que lo hagan posible y necesario la extensión del descontento político, la fuerza de la efervescencia y de la exasperación de la clase obrera, etc. Nosotros contestaremos que, hablando en términos abstractos, no es posible negar, desde luego, que una organización de combate puede abocar en una batalla impremeditada, la cual puede acabar en una derrota que en modo alguno sería inevitable en otras condiciones. Pero, en semejante problema, es imposible

¹³ «Tierra y libertad» fue una sociedad secreta rusa (1861-1864-1879). Uno de sus objetivos era la preparación de una revolución campesina, sirviéndose de métodos conspiradores e insurreccionales para lograr dicho fin.

limitarse a consideraciones abstractas, porque todo combate entraña la posibilidad abstracta de la derrota, y no hay otro medio de disminuir esta posibilidad que preparar organizadamente el combate. Y si planteamos el problema en el terreno concreto de las condiciones actuales de Rusia, habremos de llegar a esta conclusión positiva: una fuerte organización revolucionaria es sin duda necesaria para dar precisamente estabilidad al movimiento y preservarlo de la posibilidad de los ataques irreflexivos. Justamente ahora, cuando carecemos de semejante organización y cuando el movimiento revolucionario crece espontánea y rápidamente, se observan ya dos extremos opuestos (que, como es lógico, "se tocan"): o un "economicismo" sin el menor fundamento, acompañado de prédicas de moderación, o un "terrorismo excitante", con tan poco fundamento, que tiende "a producir artificialmente, en el movimiento que se desarrolla y se consolida, pero que todavía está más cerca de su principio que de su fin, síntomas de su fin" (V. Z. en Zariá, núm. 2-3, pág. 355). Y el ejemplo de Rab. Dielo demuestra que existen ya socialdemócratas que capitulan ante ambos extremos. Y no es de extrañar, porque, amén de otras razones, la "lucha económica contra los patronos y gobierno" jamás satisfará a un revolucionario, y extremos opuestos siempre surgirán aquí o allá. Sólo una organización combativa centralizada que aplique firmemente la política socialdemócrata y satisfaga, por decirlo así, todos los instintos y aspiraciones revolucionarios, puede preservar de un ataque irreflexivo al movimiento y preparar un ataque con perspectivas de éxito».

En segundo lugar, Lenin aborda la acusación de que una organización de este tipo contradice el «principio

democrático». La falta de democracia que algunos criticaban se debía a elementos muy concretos de la situación del partido socialdemócrata en el contexto histórico de la Rusia zarista, pues no era viable la publicidad de la organización revolucionaria ni la democracia que lleva aparejada. Lenin, a través del ejemplo del SPD alemán, señala cómo, en países con libertad política y democracia burguesa, el partido revolucionario sí tiene esa completa publicidad de sus debates, posicionamientos, etc., así como se sirve de la elección democrática de todos sus cargos, como hacemos el PCTE y los CJC en nuestro contexto actual.

Lo que debemos extraer de esta discusión para nuestros días es que, dependiendo del contexto que vivamos y los condicionantes que este nos imponga, la naturaleza de nuestra organización variará. En contextos de represión abierta contra los comunistas, no es viable ejercer el grado de democracia interna del que hoy, en un contexto de libertades políticas y de democracia burguesa, nos dotamos. Por igual, en contextos como el nuestro, la absoluta necesidad de centralización no puede negar, ni necesita negar —pues no son principios excluyentes, sino complementarios—, el principio democrático. No en vano, la metodología de organización leninista siempre es referida como centralismo democrático. En el caso de la Rusia zarista de 1902, la inevitable clandestinidad conllevaba la inviabilidad de una democracia plena en el seno del movimiento revolucionario, por razones prácticamente obvias, como la imposibilidad de hacer reuniones amplias de la militancia.

En las páginas siguientes, Lenin prosigue discutiendo las necesidades históricas concretas de su movimiento, donde en un contexto de clandestinidad primaba una selección y formación delicada de revolucionarios, profesionalizándolos, antes que democracias abstractas que no eran viables ante el panorama represivo. Sobre la idea de democracia, además, introduce algunos apuntes sobre concepciones «primitivas» de la misma que son interesantes para desarrollar la crítica política a algunas tesis que se dicen democráticas. En la concepción de la democracia de algunos autores que Lenin critica, este elemento supone una organización en movimientos espontáneos en la que todos hacen todo y todos votan todo, sin existir una conciencia de la necesidad de profesionalizar y estructurar bien la organización revolucionaria. En estas y otras concepciones, la democracia se define por rasgos formalistas y reduccionistas, y no como método de dirección colectiva de la organización revolucionaria profesional.

Otra lección universal que podemos extraer es cómo el partido revolucionario, con su carácter de vanguardia, no debe ser una estructura de masas abierta como son los sindicatos, sino un grupo más restringido, compuesto de los miembros más destacados de la clase obrera, que han pasado a actuar como cuadros revolucionarios profesionales en cualquier contexto. Recordemos que ese grupo procede de la propia clase obrera, que en su lucha y mediante la introducción externa de la conciencia revolucionaria, se eleva hasta pasar a formar parte de las filas del ejército de revolucionarios. La vanguardia no es ajena a la clase, sino su destacamento más avanzado, y su carácter de vanguardia sólo puede verse confirmado por su ligazón y su

reconocimiento como tal por la clase. Esa ligazón es parte también de su carácter democrático.

Las últimas páginas del capítulo se dedican a defender la forma que adquirió la expresión histórica concreta del llamado a la centralización del movimiento: dotarse de un periódico unificado para toda Rusia. Un medio que vertebral y dirija la lucha de todos los revolucionarios en todo el territorio, lejos de localismos descoordinados. Esa lucha, además, no sería la agitación económica, sino la crítica político-revolucionaria. El periódico era la necesidad de la política revolucionaria frente a las inercias de la política tradeunionista burguesa. De esas páginas, hay poco que extraer para nuestros días que no se haya dicho ya en otras partes del documento, más allá del principio de una línea política común, centralizada y de tipo revolucionaria, y el papel crucial que tienen los medios de propaganda unitarios y centralizados para desarrollar la línea estratégica del partido. La cuestión del periódico no debe entenderse como una fetichización del mismo, sino como expresión de las necesidades de unificación estratégica, organizativa y político-ideológica.

A lo largo del *¿Qué hacer?*, Lenin ha ido exponiendo o mencionando las bases organizativas fundamentales de lo que nosotros conocemos como el «centralismo democrático», pero en esta obra no se detiene a explicarlo como sistema y, en consecuencia, nosotros tampoco lo hemos abordado durante esta guía. Aprovechamos aquí para aportar unas cuantas referencias bibliográficas para su estudio.

El término se populariza sobre todo a partir de 1917, aunque aparece en textos de Lenin mucho anteriores (por ejemplo, el *Informe sobre el Congreso de Unidad* de 1906). En *Un paso adelante, dos pasos atrás*, Lenin defiende el centralismo frente a la mentalidad de círculos, así como el concepto de partido de vanguardia —mediante sus criterios de admisión de nuevos miembros—. Por contextualizar el debate, creemos útil señalar que Trotsky, en su obra *Nuestras tareas políticas*, contesta a dichos libros de Lenin, oponiéndose al centralismo democrático y calificándolo de «centralismo burocrático». Luego, en *El Estado y la revolución*, obra ya mencionada, Lenin define el concepto de «democracia proletaria». En *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*, defiende la «unidad de acción». En la resolución *Sobre la unidad del Partido*, al X Congreso del Partido (1921), Lenin expone la prohibición de las fracciones organizadas en el seno partidario. Por último, las normas concretas del centralismo democrático que conocemos hoy tienen su origen en el VI Congreso del Partido, celebrado en semilegalidad en 1917,

Para cerrar este capítulo, destacamos una parte final, que ayuda a consolidar todo lo que se ha venido exponiendo sobre el papel de la agitación económica: los revolucionarios deben preocuparse de que el trabajo tradeunionista no ocupe un puesto ni demasiado pequeño ni demasiado grande en el trabajo revolucionario; un puesto igual que cualquier otra forma de lucha de la clase que, como decíamos al principio, permita extender con igual grado y apremio la conciencia revolucionaria. Recordemos que

nuestro papel es, como dice Lenin en medio del capítulo siguiente, exigir que se «organice debidamente el asedio de la fortaleza enemiga», exigir que «todos los esfuerzos se dirijan a reunir, organizar y movilizar un ejército regular».

Sobre los
capítulos

5^o y 6^o,

«Plan» de un periódico político central para toda rusia y conclusiones

El capítulo 5, que trata sobre el periódico central para toda Rusia, es la continuación de las ideas expuestas al final del capítulo anterior. Es, también, la aplicación histórico-concreta para el movimiento revolucionario ruso de los debates que se han tratado a lo largo de toda la obra, con su consecuente plan político para atender las necesidades de ese movimiento. En tanto a que vuelve sobre todo aquello que ya hemos venido tratando, no vamos a prestar especial atención a dicho capítulo. Aun así, claro, no debe dejar de leerse, tanto para reforzar ideas como para estudiar algunos fragmentos del texto que resultan muy interesantes, aunque no los destaquemos aquí.

Por ejemplo, Lenin habla de cómo la revolución no es un acto único, rápido y fulminante, sino una sucesión de batallas en

el marco de una gran guerra civil contra la burguesía y su régimen social.

En el último capítulo, el 6, Lenin presenta las conclusiones de los debates de la obra. Comienza dividiendo el movimiento revolucionario ruso en sus períodos, destacando en cada uno de ellos sus rasgos fundamentales para terminar señalando qué tareas corresponden al período de lucha revolucionaria que se abría en el momento de la publicación del *¿Qué hacer?* en la Rusia zarista. Para nuestra formación hoy, el capítulo resulta interesante por la forma en la que Lenin presenta cómo las tareas del Partido van variando acorde a las condiciones y necesidades del movimiento. Tras una fase en la que la debilidad del movimiento obrero obligaba a centrarse específicamente en su desarrollo, la socialdemocracia rusa había pasado a otra en la que esa limitación de la actividad boicoteaba la consolidación del movimiento revolucionario. En este sentido, Lenin está señalando cómo las prioridades y tareas del Partido vienen definidas por las necesidades concretas de cada momento, pero que únicamente puede entenderse cuáles son estas necesidades si se posee, como señala a lo largo de toda la obra, una clara teoría y programa revolucionarios.



**Colectivos
de Jóvenes
Comunistas**
